

"Nuevos mundos", Año XXIX N.º 1536,

Madrid 29 junio 1923



Comentario de Unamuno

A LA GROTESCA

GROTESCO es una palabra de origen italiano: *grottesco*, que se aplicó primero al estilo digamos arquitectónico por decirle de algún modo, de *grotta*, ó sea gruta, á esas decoraciones á la grotesca—también hay á la rústica—en que se simulan estalactitas, ó sacándolas de grutas verdaderas, ó acaso hoy hifiéndolas de cemento, que sirve para remendarlo todo. Esas grutas decorativas y civilizadas en que se suelen refugiar unos señores salvajes, también decorativos y civilizados.

Gruta, palabra que á su vez proviene de la griega *crypta*, que es sinónima de ésta—sólo que hemos dado en llamar criptas á las grutas, en general sin estalactitas, de oficio litúrgico—, equivale á caverna ó cueva. Y grotesco, por lo tanto, á cavernario ó, si se quiere, á troglodita.

Luego grotesco ha venido á tomar otro significado, como el que tiene, por ejemplo, en *Les Grottesques*, de Teophile Gautier, aquel *enfant terrible* del romanticismo francés, siempre dispuesto á *épater le bourgeois* y á divertirse con ello, y precursor de nuestros futuristas, cubistas literarios—aunque acaso todo cubismo es literatura—, ultraístas y demás *bons enfants* que se divierten vistiendo el arte á la grotesca civilizada.

Hay otros que se dedican á explorar y escudriñar las viejas grutas, las cavernas que fueron antaño habitadas por el hombre primitivo, y de cuya meritisima labor debemos esperar, á la vez que luces para la ciencia del conocimiento de la Historia, sugerencias para la fantasía, que acaso vale más. Porque así como cuando se hace ciencia del arte ó de la literatura éstos padecen, así cuando se convierte la ciencia en literatura sale ganando en todo, especialmente en duración. Una doctrina científica que logra encarnar en un buen poema se inmortaliza con ello, y no hay doctrina nueva que logre asombrarla.

Pero ¿en qué consistirá que á esa exploración y escudriñamiento de las grutas, á esa ciencia de lo grotesco, se dediquen tantos curas? Porque tal es el caso. Son muchos ya los curas y frailes—y curoides y frailoides—que, desengañados sin duda del hombre vivo de la calle y la plaza y el campo, andan á la busca de las huellas que de sí dejó en las cavernas el hombre cavernario. Que, por ciertas señales, llegamos á suponer que era, como el niño y el salvaje lo son, un fino humorista, y que se propuso divertirse á cuenta del investigador futuro trazando jeroglíficos y logogrifos en las paredes de su cueva. Al cual propósito recordamos cómo uno de estos investigadores, cura él, nos explicaba

cómo la **M** pudo venir por **M** y **M̄** de un hombre en cuclillas y con los brazos en cruz.

Hace unos años se puso en moda entre los eclesiásticos estu-

diar geología y paleontología por aquello de los siete días de la creación y lo del diluvio y el hombre terciario y demás amenidades; ahora parece que se busca en las cavernas la armonía—ó *harmonia*, como quiso nuestro amigo el Sr. D. Miguel Mir, académico de la Española y ex padre de la Compañía de Jesús—entre la razón y la fe. Y puede ser que salga de las cavernas mejor que de otra parte. Mas lo que no se ve es que se ponga de moda entre nuestros eclesiásticos el estudio de la teología. Como no sea que se busque en esos jeroglíficos troglodíticos los albores de la teología. Porque ha de haber, sin duda, una teología cavernaria. Cavernaria y humorística, á la vez.

Y decimos humorística porque no hay nada más humorístico que el fetichismo sencillo y de primera mano; el fetichismo no estropeado todavía por la rigidez litúrgica. ¡El humor que respiran ciertos exvotos! Porque ese humor se respira, y se transpira, y no se suda. El sudor entra en la liturgia reglamentada.

¡Lo que daríamos por que uno de esos investigadores que une su carácter científico á su carácter sagrado nos trazara los lineamientos de una teología á la grotesca! Porque á la rústica ya la tenemos. Y nos resulta mucho más entretenida que la encuadernada. Que la hay encuadernada hasta en piel humana. ¡Y la de túrdigas que se les han arrancado á ciertos herejes para encuadernar ciertas bulas! Mas esos tiempos dícenos que ya han pasado, y pidamos á Dios que no nos vengan otros peores.

¿Aquel hombre de la **M** ó sea **M̄** no estaría en oración?

Aunque esto de hacer hipótesis así, sin más ni más, y echando á volar á la loca de la casa, es muy poco científico y dicen que muy poco serio. Las hipótesis, además, conducen derechamente á la herejía. ¡Lo sano y ortodoxo es la tesis, la tesis! La tesis era el santo y seña de los integristas. Los integristas son *téticos*. (Ojo aquí el cajista—ahora se le llama, para mayor tecnicismo, tipógrafo, que suena más redondo y con tres distintas vocales i-o-a en vez de dos solo a-i—, y que no ponga *tétrico* por *tético* aunque vengan á ser cosas muy parecidas, pues los *téticos* suelen ser *tétricos* y los *antitéticos* *antitétricos*, y... basta de agudezas.) Y el hombre *tético* es fundamentalmente serio y antihumorístico.

La más remota raíz de las venerandas tradiciones de nuestros mayores es á las cavernas á donde hay que ir á buscar; allí es donde hay que desgorgar la tesis primitiva que está acaso cifrada, por inexcusable designio de la Providencia, en la

M cavernaria. **M** que nos parece tan misteriosa como el famoso svástica, ó sea 

